

el desarrollo de una cultura

ENTRE tantos aspectos notables que ofrece el mundo moderno no es uno de los menos maravillosos el crecimiento de los medios que facilitan la obtención y el desarrollo de una cultura.

La Humanidad, desde sus orígenes más remotos, afirmó la necesidad del crecimiento de las capacidades intelectuales de sus miembros y alcanzó sucesivamente cimas que le permitieron avanzar en medio de las diversas dificultades materiales. En la naturaleza humana está, sin embargo, que el primero de los instrumentos de la transmisión del saber consiste en el contacto con los hombres que nos han precedido. El ambiente familiar es así el primer vehículo de una tradición en la que se encierran los valores fundamentales de cada comunidad. Más allá de este ámbito la escuela proporcionará nuevas dimensiones; pero, al mismo tiempo, conservará lo fundamental de la etapa anterior: el niño recibirá de una persona de las generaciones anteriores el elemento vital para guiarse en la selva de

los conocimientos culturales. Este sistema culmina en la humanidad antigua en las academias donde un maestro reúne a su alrededor el grupo más selecto de sus discípulos para asegurar la transmisión de su pensamiento. En la Edad Media la humanidad encuentra la solución de las Universidades que fundamentalmente mantienen el mismo principio: donde hay maestros hay universidad y los jóvenes se reúnen a su alrededor para conservar, acrecentar y transmitir, los pensamientos más perfectos. La idea de las universidades, precioso legado de la Edad Media, se ha conservado desde entonces y nuestro siglo le ha dado nuevo vigor.

* * *

La cultura se desarrolla a partir de su transmisión de persona a persona. Pero esta transmisión se ha apoyado siempre en medios materiales. El lenguaje oral, al principio, y luego escrito, pudo conservarse muy fragmentariamente durante largos siglos. La difusión de la imprenta, otro legado de la Edad Media, contribuyó eficazmente a reforzar materialmente las condiciones de un desarrollo mayor de la cultura. Libros en cantidades y accesibles a un número cada vez mayor de hombres, folletos, revistas y finalmente el periódico, aseguraron a todo pensamiento su conocimiento por sectores cada vez más vastos. Pero corresponde a nuestro siglo el haber alcanzado los adelantos científicos más extraordinarios, a fin de facilitar al pensamiento su difusión y a las masas el acceso a las manifestaciones superiores de la cultura.

Por otra parte, las más altas autoridades mundiales, la Iglesia y las Naciones Unidas, han expresado repetidas veces y en forma solemne el derecho de todo hombre a la cultura. Las Naciones Unidas en su Declaración Universal de los Derechos del Hombre no sólo afirman el derecho a la educación, tanto elemental

cuanto técnica, sino también a la participación de la vida cultural de la comunidad y al beneficio de los progresos científicos.

La Iglesia católica por boca de S. S. Juan XXIII ha afirmado que “nace de la naturaleza humana el derecho a participar de los bienes de cultura y por tanto el derecho a una instrucción fundamental y a una formación técnico-profesional de acuerdo con el grado de desarrollo de la propia Comunidad política. Y para esto se debe facilitar el acceso a los grados más altos de la instrucción según los méritos personales, de tal manera que los hombres, en cuanto sea posible, puedan ocupar puestos y responsabilidades en la vida social conforme a sus aptitudes y a las capacidades adquiridas”.

* * *

El mundo contemporáneo no solamente ofrece nuevas posibilidades a la cultura, sino que al mismo tiempo la exige para que el hombre pueda moverse en un universo cada vez más científico. También lo señalaba con precisión S. S. Juan XXIII: *“Es un hecho incontestable que los sistemas productivos, bajo el impulso de los progresos científico-técnicos, se van hoy modernizando y vienen a ser más eficientes, con ritmo mucho más rápido que en el pasado. Esto exige de los obreros aptitudes y cualidades profesionales más elevadas. Simultáneamente y como consecuencia, se ponen a su disposición mayores medios y más amplios márgenes de tiempo para que se instruyan y se pongan al día, para su cultura y su formación moral y religiosa”.*

El mundo, por lo tanto, se encuentra frente a una época en la que se dan todos los factores necesarios para el pleno desarrollo de la cultura personal. ¿Cuáles son los obstáculos y los medios para evitarlos, a fin de propender a una más efectiva difusión?

Ante todo es necesario señalar que la difusión de la cultura no está ya restringida a la acción de los grandes centros universitarios o academias. Una inmensa gama de medios de comunicación establecen relaciones entre los hombres y entre los países de manera que cada particular se siente cada vez más como el lugar de encuentro de un sinnúmero de influencias culturales. ¿Cuál es el resultado de este influjo? No sólo en los países totalitarios sino también en los que pretenden defender los derechos de la persona humana no rara vez este crecimiento de los influjos externos provoca un cierto automatismo en la población. Existe una tendencia degradante en el mismo hombre que lo lleva a cumplir el menor esfuerzo en todos los campos y también en lo intelectual. La propaganda y los intereses particulares conocen esta característica del género humano y, a menudo, no trepidan en utilizarla para favorecer una comercialización más rápida o más amplia de los propios productos. El primer obstáculo que encontramos en contra de la cultura es, por lo tanto, la comercialización de los mismos medios de difusión del pensamiento. A través de una insistencia por la radio o por la repetición de la imagen en la televisión o la propaganda por la imprenta, nuestra sociedad comercial busca crear, en la mayoría de los casos, necesidades no urgentes ni primarias, para vender sus propios productos. No hace mucho se calculaba en doce mil millones de pesos lo que se gastaba anualmente en nuestro país para la propaganda comercial. ¿Puede imaginarse lo que significa aun en gastos de talento esta inmensa maquinaria levantada para provocar la compra de productos que de otra manera no tendrían mayor influjo sobre la población? Si además se reconoce la ingeniosidad de gran parte de la propaganda tendremos una idea del talento malgastado y que podría utilizarse más provechosamente para la sociedad.

A menudo esta utilización comercial apela directamente a las partes más débiles de la sociedad como suelen ser los niños y las mujeres.

Se añade todavía a esta situación el recurso a los instintos más fuertes en el ser humano y así se utilizan la gula y la sexualidad con finalidades comerciales.

Esta tendencia superficializa al ser humano en vez de ayudarlo a perfeccionarse y los medios aptos para ese desarrollo pierden todo sentido cultural para convertirse en meros excitantes sensibles.

¿Podría establecerse en esta materia un paralelismo con la máquina en general? Creemos que sí. Como en el siglo pasado junto con la aparición de la máquina se produjo una degradación de masas humanas que constituyeron el proletariado, así sucede en nuestra época ante la presencia de los medios de difusión del pensamiento. Pero así como la máquina, finalmente, otorgará al hombre una independencia frente a los trabajos rudos y un aumento de su bienestar material que liberará sus fuerzas intelectuales, lo mismo puede pensarse con respecto a los progresos científicos y técnicos en el orden de la difusión del pensamiento.

* * *

La otra reacción ante el peligro de lo que significaba el dominio de los medios de difusión, por parte de grupos de intereses egoístas, ha sido la intervención del Estado en forma absoluta, especialmente con respecto a la radio y a la televisión. Países caracterizados por una gran libertad de prensa e imprenta no han titubeado en restringir el uso de los medios más modernos pura y exclusivamente a la difusión de la cultura. En los hechos esta solución ha sido más satisfactoria que la anterior desde el punto de vista que nos interesa. Los enormes gastos que involucra no siempre coinciden

con las posibilidades de algunos países. Y la mala calidad de algunas burocracias no permite esperar, en otros, un aporte importante a la cultura.

Queda por descontado el absurdo que significa en los países totalitarios el empleo de todos los medios de difusión para formar el hombre que los distintos regímenes políticos necesitan para sus fines. Se crea de esta manera un automatismo en las masas, no siempre profundo, que nada tiene que ver con el desarrollo de la persona humana. Es curioso, por lo demás, ver cómo el ser humano hace aflorar sus mecanismos de resistencia a estas presiones exteriores y aparentando una docilidad externa mantiene una determinada libertad interior.

La situación de los países totalitarios demuestra, sin embargo, el terrible poder de estos instrumentos que no ya como la máquina pueden influir solamente sobre lo exterior sino sobre lo psicológico y sobre la autonomía espiritual del hombre. En este orden, la Iglesia Católica no ha dejado de insistir sobre los aspectos morales que se encuentran en tal utilización.

Al problema planteado por los nuevos medios de difusión se agrega el de la crisis de la misma Universidad. En primer lugar, debe ella misma comprender que ya no está sola en la difusión de la cultura. En los tiempos de la Edad Media podía pensar en ser el "studium generale"; y en gobiernos no sólo totalitarios en el sentido clásico sino también en los influenciados por la concepción napoleónica, como el nuestro, la Universidad, durante mucho tiempo, se consideró el único centro capaz de orientar la cultura en beneficio del propio país. Tampoco puede limitarse a las materias llamadas liberales. Existe hoy un nuevo humanismo, el de las mismas técnicas, que la Universidad no puede dejar fuera de su ámbito, aunque a menudo caiga en tal tentación.

El hecho de no estar sola compromete su inserción en el mundo contemporáneo. Debe tener en cuenta todos los progresos y asumir lo que en ellos puede haber de valioso para el mejoramiento de todos. No puede anquilosarse en una ideología superada por la misma fuerza de los hechos.

Al mismo tiempo, como consecuencia de no ser el único centro capaz de difundir la cultura y preparar los mejores hombres para el mundo del mañana, debe obligarse a no malgastar el tiempo en aquellos que realmente no poseen la capacidad para su nivel o su tipo de estudio. Especialmente en nuestro país son muchos los que atraídos por el prestigio de las carreras llamadas liberales, pierden algunos de sus mejores años en convencerse de que no son para ese camino, provocando así gasto de dinero y de esfuerzos. Una selección más verdadera redundará en beneficio de la Universidad y del mismo país.

* * *

Los otros medios de difusión del pensamiento deben superar la etapa que suele ser la primera y más perjudicial, de la pura comercialización de sus esfuerzos. El país todo necesita un esfuerzo más consciente en torno del desarrollo de una cultura que al mismo tiempo que asimile lo mejor de otras las entronque con las profundas tradiciones que han ido formando la nuestra.

El obstáculo levantado por las empresas comerciales puede y debe ser corregido por una eficaz intervención del Estado. Todos los medios de difusión deben ser empleados para "reforzar y educar al hombre en la conciencia de su dignidad". Pero esto no siempre es posible con los meros medios privados. Muy a menudo existen fuertes dependencias financieras, o con respecto a agencias de prensa cuya objetividad no está garantizada, o el peso de una concurrencia a menudo sin escrúpulos y, también, por qué no decirlo, la presión de impaciencias y exigencias de un público difícil de satisfa-

cer. El Estado comprometido en su condición de gerente del bien común debe poder mirar más lejos que los intereses privados. De allí la necesidad y la posibilidad de una censura que sepa ante todo orientar los gustos del público hacia una verdadera difusión de la cultura.

En esta tarea no será difícil encontrar la colaboración de los mejores intereses comerciales que, una vez convencidos de lo fútil de una propaganda superficial, pondrán sus empeños en una labor más duradera y de más prestigio.

De hecho el futuro del país y de su desarrollo depende, en gran parte, del equilibrio que se obtenga entre el poderío de las técnicas de difusión y la capacidad de reacción personal de los ciudadanos, puestas aquéllas al servicio de ésta.

La humanidad podrá, a través de este multiplicarse de relaciones culturales, prepararse para nuevos desarrollos. Si en un momento ha hecho mal uso de los mismos para masificarse, no ha perdido las posibilidades de un engrandecimiento a través de ellas.

En este campo, como en tantos otros, el alto concepto que los católicos tienen de la persona humana los obliga a un esfuerzo especial para asegurar a la humanidad un desarrollo tal que le permita más fácilmente alcanzar el misterio cristiano. Pocos son en nuestro país los esfuerzos católicos en este campo. Es hora de reaccionar.

LA DIRECCIÓN